



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

¿CUÁL ES TU MISIÓN EN LA VIDA?

<https://www.youtube.com/watch?v=zX5B31DM2v8>

«Baste y rompiste mi sordera, brillante y resplandeciente, y curaste mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti. Gusté de ti y siento hambre y sed. Me tocaste y me abrasé en tu paz». Bienvenidos a este encuentro que no podíamos iniciar sin citar una frase de San Agustín, el crack, como frecuentemente le llama Monseñor José Ignacio Munilla Aguirre, nuestro gran invitado de hoy, qué alegría por todos los que se conectan con nosotros a través de estos benditos medios que nos están acercando en este tiempo de obligatorio distanciamiento físico, pero de voluntaria comunión de almas.

Damos un saludo a todos los que se conectan con nosotros: al administrador diocesano, el padre Efraín Castaño Arboleda; a la Conferencia Episcopal y al Departamento de Ministerios Ordenados y de Vida Consagrada; al equipo de medios de comunicación de la Arquidiócesis de Manizales, que hace posible esta transmisión; a las otras diócesis, a los seminarios mayores, comunidades religiosas y a los animadores vocacionales del país.

Damos gracias a Dios que tan generosamente nos permite compartir este espacio que esperábamos con tanta ilusión. A Él rogamos la asistencia del Espíritu Santo y clamamos que nos regale sus siete dones y nos ayude a comprender el mensaje que tiene para nosotros, el mensaje que quiere darte a ti, que no por casualidad estás hoy conectado con este espacio. Retomando a San Agustín, venimos precisamente respondiendo a una voz, a una mirada, a un aroma, a un pan de vida, a una caricia, a un abrazo, el de Papá Dios, que bondadosa y providencialmente nos pone en el caminar de este mes vocacional a un hijo suyo, al que mira con especial predilección y lo hace para ayudarnos a entender con él este regalo de la vocación, lo hace para antojarnos de ser santos. El hombre, el hijo de Dios, el servidor, el obispo que hoy nos acompaña, Monseñor José Ignacio Munilla, es obispo de la Diócesis de San Sebastián en España, misma diócesis en la que se ordenó sacerdote el 29 de junio de 1986, a sus 25 años. Veinte años después, en 2006, fue ordenado y nombrado obispo de Palencia; en 2009, obispo de la Diócesis de San Sebastián, iglesia de la que actualmente es su pastor. También es miembro de la Comisión de Comunicaciones Sociales de la Conferencia Episcopal Española.

Entre las actividades pastorales que realiza, y son muchas, los medios de comunicación tienen un peso importante, ya que es un obispo con una gran presencia evangelizadora

mediante sus apariciones en canales tanto españoles como de otros países, a través de su página de internet www.enticonfio.org, de su programa en Radio María España llamado *Sexto Continente* y de sus redes sociales de Facebook, Instagram y Twitter. Sé que se quedan muchas cosas por decir de él, pero no queremos perder más tiempo, teniendo la certeza de que su mejor carta de presentación es la experiencia de vida en Cristo, el testimonio creyente que a continuación nos compartirá. Monseñor Munilla, reciba nuestro abrazo filial. Bienvenido a nuestra casa de la Pastoral Vocacional en la Arquidiócesis de Manizales y a esta iglesia colombiana en la que tantos hemos escuchado y leído sus aportes, que nos han dado tantas luces en este caminar con Cristo. Muchas gracias, monseñor, por regalarnos este tiempo. Lo dejo al frente de este espacio vocacional con una frase de otro crack que usted con tanta lucidez frecuentemente cita; dice Chesterton: «*Cuando se elige algo, se rechaza todo lo demás*». Adelante, monseñor, bienvenido.

Pues muchas gracias por vuestro saludo, muchas gracias por esas palabras tan cariñosas que son, bueno, pues soy yo el que os habla. Yo soy consciente de que son excesivas, no soy plenamente consciente de mi pequeñez. Nadie me tiene que convencer de ello porque la verdad es que uno es consciente de su pequeñez, pero al mismo tiempo también agradezco que veáis en quien os habla, no a alguien muy concreto con una historia personal, sino que veáis a Jesucristo, porque es verdad que esto es lo propio del ministerio ordenado: cómo podemos compaginar una pequeñez y una fragilidad y al mismo tiempo el que el Señor ponga sus ojos en nosotros y nos llame. Y de eso precisamente quiero compartiros.

De una primera cosa tengo que pedir disculpas antes de empezar a hablar. Solemos tener una cierta diferencia de expresión con el tratamiento de ustedes y de tú, y a veces con ello incluso dentro de los países de Hispanoamérica ya veo que hay matices distintos. Me vais a permitir, o me van a permitir ustedes, que para tener facilidad en la expresión utilice el tratamiento de tú, que aquí en España es el que habitualmente hacemos. Os pido disculpas porque seguro que si intento hacerlo como en Colombia debe de realizarse, seguro que no acierto y prefiero hacerlo así.

Bueno, decía que comparto con vosotros algo muy íntimo, muy personal, que es la vocación. Cuando a alguien le preguntan por su vocación, que se suele hacer en un contexto muy íntimo, no se pregunta eso así de cualquier manera. Sería pues una ligereza con una persona con la que se tiene poca relación, de repente preguntarle por cómo fue su vocación; sería algo inapropiado o algo inadecuado. Más bien, sobre la vocación se suele preguntar cuándo se ha alcanzado con una persona un grado de confianza y entonces parece que se le está preguntando sobre lo más íntimo: cómo fue, cómo aconteció en tu vida que el Señor pusiese sus ojos en ti y te llamase.

Mi reflexión irá un poco a medio camino entre experiencias personales y también reflexiones un poco de teología, de teología pastoral, porque todo ello está integrado, obviamente.

Lo primero, voy a partir de una anécdota. Yo tuve una vocación, de la percepción que yo tuve de ser llamado por el Señor fue de una manera muy concreta y luego os compartiré. De una manera muy concreta, muy digamos a lo San Pablo, muy en un momento determinado en el que el Señor te cambia completamente el rumbo en su encuentro contigo. Yo pensaba: todas las ocasiones habrán sido parecidas a las mías. Y cuando llegué al seminario muy jovencito, con 17 años todavía, a punto de cumplir 18, me acuerdo que los primeros días en el seminario le preguntaba a mis compañeros: «¿Cómo ha sido tu vocación? ¿Cómo ha sido la tuya?». Tenía curiosidad por saber si ese proceso que yo había vivido en el descubrimiento vocacional había sido semejante en todos los demás. Y ahí entendí, en ese compartir nuestra intimidad por parte de los compañeros en el seminario, que cada historia era única e irrepetible. La forma en la que el Señor se nos muestra, se nos descubre, es personal, única e irrepetible; si bien es verdad que hay características comunes al hecho vocacional que también quiero compartir con todos vosotros.

Yo pertenecía a una familia católica y que, gracias a Dios, desde mi pequeñez siempre tuve esa conciencia de ser llamado al seguimiento de Jesucristo. Pero la verdad es que jamás se me había pasado, pero ni como hipótesis, la posibilidad de ser sacerdote; era algo que estaba fuera de mi radar y aconteció en unos ejercicios espirituales, allá cuando yo tenía 16 años. Unos ejercicios espirituales en los que el sacerdote predicó en una de las charlas sobre la vocación y nos repartió una hoja con algunos textos del Evangelio de los que el Señor llamaba a un seguimiento especial a sus apóstoles. Yo me acuerdo que, como era una charla vocacional y yo tenía muy claro que no tenía conciencia ninguna de ser llamado, la hoja con las citas bíblicas se la pasé a un compañero mío, porque sabía que él tenía una posible vocación sacerdotal para que se la quedase, y tuviese una de repuesto. Yo ni siquiera hice esa meditación.

Al finalizar los ejercicios, el sacerdote tuvo una ocurrencia: delante del altar puso un recipiente metálico, dentro del cual puso unos carbones ardiendo y nos pidió a los ejercitantes que escribiésemos en un papel con un bolígrafo, cada uno de nosotros, los compromisos de los ejercicios espirituales, y que los firmásemos. Y allí nos acercásemos al altar para echarlos en aquel pequeño recipiente que, delante del altar, quemaba nuestros compromisos y los elevaba a Dios. Yo me acuerdo que todos mis compañeros, con mucha agilidad, iban escribiendo en el papel sus compromisos y yo recuerdo que yo me decía a mí mismo: «Bueno, ¿yo qué pongo? A misa ya voy, el rosario ya lo rezo...» y no se me ocurría qué poner. Y me acuerdo que me estaba quedando el último de todos los que estábamos allí, en la capilla de los ejercitantes. Y, por esa vergüenza de no ser el último, me acuerdo que firmé en el papel, puse mi nombre, como firma José Ignacio, y lo entregué en blanco. Lo entregué en blanco, para ser sinceros, porque no se me ocurría qué poner. Lo entregué en blanco, pero con esa oración: «Señor, no se me ocurre nada; lo que Tú quieras». Puse José Ignacio, me levanté, fui el último en entregarlo, en quemarlo en aquel recipiente metálico.

Al terminar los ejercicios, era la víspera de mi cumpleaños y, cuando llegué a casa, por primera vez en mi vida, aconteció algo que jamás me había sucedido. Me vino con una

fuerza tremenda, con una fuerza contundente que me derribaba del caballo, por utilizar esa expresión conocida de San Pablo. Me vino la idea de que el Señor pudiese querer de mí seguirle en el sacerdocio. Era tan fuerte esa llamada que entendía que no podía mirar para otro lado. Tenía otros planes totalmente hechos en mi vida, tenía ya trazados otros recorridos. Recuerdo haberle dicho al Señor: «Si Tú me dices ven, yo antepondré tu llamada a todo, pero necesito una certeza de que eres Tú el que me llamas». Y entonces el Señor reiteraba ese momento de consolación interior como una consolación contundente en la que acontecía que, costándome mucho, costándome en sangre, sudor y lágrimas tal decisión de ir por el camino del sacerdocio, rompiendo con todas mis ilusiones que tenía trazadas, costándome sangre, sudor y lágrimas, sin embargo, al mismo tiempo, en mi interior veía que sentía un gozo inconmensurable que jamás había percibido. Yo decía: «¿Cómo es esto...?». Me acordé de aquella zarza ardiente de Moisés y decía: «¿Cómo es posible que esta zarza arda y al mismo tiempo no se consuma? ¿Cómo es posible que algo que me cueste a mí sangre, sudor y lágrimas, al mismo tiempo sea el gozo y la alegría mayor que yo he experimentado jamás?».

Entonces entendí que aquella consolación tan fuerte que yo estaba recibiendo en aquel momento tenía que ser una llamada de Dios y dije: «Bueno, yo sí ahora no le miro al Señor a los ojos, es que no voy a poder mirarme nunca al espejo sosteniéndome la mirada. Es que no voy a ser capaz de aguantar la mirada, cuando me mire al espejo por las mañanas, porque sé que le he negado algo al Señor, no voy a aguantar mi propia mirada». Porque así fue. Y entonces, recuerdo que hablé con nuestra madre esa misma noche. Fijaros bien, así de contundente fue mi vocación.

A la mañana siguiente me dirigí al colegio y ya lo compartí con mis amigos más cercanos. Quiero decir que me acordé enseguida, obviamente, de aquel papel que había entregado en blanco. Cómo no acordarme de ese papel y de esa ofrenda última que yo había hecho al Señor: «Lo que Tú quieras», sin ser muy consciente de lo que estaba diciendo».

También he pensado a veces que quizás esta forma tan concreta de recibir la vocación, igual la hayamos podido necesitar las almas que somos un poco menos sensibles y que entonces necesitamos un tipo de llamada más contundente que nos despierte, que rompa nuestra sordera. Quizás he pensado por qué yo tuve un tipo de vocación tan contundente y, sin embargo, hubo compañeros que su vocación la escucharon como un susurro, un susurro leve, quizás desde el despertar de su conciencia cuando eran niños. El caso es que creo que la forma concreta en la que uno puede experimentar la llamada del Señor es lo de menos, es totalmente secundario. Lo que creo que es esencial es una conciencia viva de que nuestra vida es suya, vivida desde el Señor, y Él está conmigo en todo el proyecto de mi vida. Sería una falsedad pensar que Dios me ha creado, o sea, Dios está en el origen de mi vida y Dios va a estar en el fin de la vida, mientras tanto yo hago mi plan. Dios me trajo al mundo y al final de la vida me juzgará, y entre medias yo hago mi plan personal. Eso es una falsedad que tiene consecuencias muy graves. Lo cierto es que el Señor no solo me ha creado, sino que me acompaña en todo momento, me está inspirando, me está

iluminando mis pasos. Entonces, con referencia a discernir, cuál es el camino que Dios quiere en nuestra vida. Esto es clave.

Ojo, que esto es aplicable a todo tipo de vocaciones. También es aplicable, por ejemplo, al discernimiento en la vocación matrimonial. Hay muchas personas que entienden el enamoramiento como un elegir la chica que a ti te gusta, y «esta chica que a mí me gusta voy a ver si me dice que sí; si te dice que sí, tú llevas adelante tu proyecto de enamoramiento y luego, finalmente, te presentas adelante en el altar pidiendo a Dios que te la bendiga». No. «Yo la elijo, esto es una cosa mía, y ahora me presento delante de Dios para que ponga la bendición, para que ponga la cinta, la guinda», decimos aquí en España, poner la guinda al pastel. No, eso no es así. Desde el primer momento yo discierno mi noviazgo en esta clave, es decir: ¿es de Dios?, ¿no es de Dios? ¿Esto es conforme al querer de Dios? Esta persona, ¿tengo elementos para entender, para discernir, que sea la persona que Dios ha puesto en mi vida?, ¿o está en otros parámetros distintos? El discernimiento es desde el primer momento.

Por eso creo que la clave, la clave está en entender nuestra vida primero como un seguimiento a Jesucristo. Entender que Jesucristo nos quiere a todos de una manera peculiar y personalizada, que hay un proyecto muy personal de Jesús para cada uno de nosotros y se trata de que lo descubramos, no que lo inventemos. En el idioma español, y supongo que también en Colombia se utilizarán estos dos términos de una manera similar a como ocurre en España, una cosa es ser un inventor y otra cosa es ser un descubridor. Aparentemente la palabra inventor y descubridor podrían parecer sinónimas, pero no lo son, tienen matices muy distintos. Porque un inventor es aquel que saca, es decir, que construye algo que ha nacido de su genialidad, de su creatividad; lo creas tú, antes no existía. Sin embargo, el descubridor es muy distinto. Un descubridor lo que hace es percatarse de que había algo que estaba ahí, que no era conocido, pero que yo lo que hago es no crearlo de la nada, sino sacarlo a la luz. Pues nosotros, por lo que se refiere al discernimiento de nuestra vocación, no somos inventores, somos descubridores. Y esta distinción es importantísima: nosotros no inventamos, descubrimos.

Fijaros cuánto se sufre en esta vida por no tener esta distinción clara. Por ejemplo, pongo algún ejemplo concreto para que esto se ilumine: a veces hay personas que sufren tremendamente porque no han podido tener descendencia, porque no han podido tener un hijo, porque han tenido un problema de esterilidad. O personas que sufren porque se habían imaginado a sí mismas casadas y resulta pues que no termina de aparecer la persona con la que conformar un matrimonio. Entonces, con mucha frecuencia, ocurre que nos hemos ido imaginando la vida de una forma determinada, nos imaginamos, construimos en nuestra imaginación lo que entendemos que es nuestra vocación, y luego estamos pidiéndole a Dios que se cumpla nuestra vocación, que en el fondo es decir que se cumpla mi sueño, no mi vocación. Yo he diseñado mi vocación como una proyección de mis sueños, y luego le pido a Dios que se cumpla la vocación. A ver, eso no es la vocación, esos son tus planes, tus sueños proyectados en el querer de Dios, pero es tan

importante entenderlo, que uno será feliz en esta vida en la medida en que descubra lo que Dios va queriendo de él.

Y voy a decir una cosa: a la hora de descubrir cuál es la voluntad de Dios, a la hora de discernirla, se discierne muchas veces con mucho mayor grado de certeza cuando se trata de aceptar cosas, aceptarlas, porque no está en mi mano otra cosa distinta, porque de facto esto ha sido así. Y cuando de lo que se trata es de aceptar o rebelarte porque no hay otra tercera alternativa, o aceptas la realidad o te rebelas frente a ella. Mira, pocas veces uno puede estar tan seguro de acertar, de discernir adecuadamente cuál es la voluntad de Dios, cuando en el fondo lo que está haciendo es aceptar cosas, aceptar hechos. Sin embargo, siempre hay un margen superior de duda, cuando alguien está tomando decisiones, que también hay que tomar decisiones en la vida, claro, en base a elementos en los que intentamos discernir lo que es la voluntad de Dios. Pero siempre hay más margen de error cuando tú tienes que tomar una decisión, que cuando en el fondo tienes que hacer una aceptación. Por ejemplo, imagínate una aceptación de la viudedad, una aceptación de situaciones como los ejemplos anteriores. Y esto supone el acto de confianza, o sea, introducimos un aspecto más, que es el acto de confianza en que la voluntad de Dios. Dios tiene un proyecto para nosotros, y ese proyecto es nuestra felicidad.

Yo, no hace mucho escribí un libro con un título: «Dios te quiere feliz». Y bueno, el título del libro tiene su historia, porque en un primer momento también pensé «Dios quiere que seamos santos», «Dios te quiere santo». Pero es que la felicidad y la llamada a la santidad coinciden perfectamente, no son dos cosas que van por dos caminos diferentes. Cuando uno se da cuenta de que su felicidad va a coincidir al milímetro, con la llamada de Dios a la santidad, con la llamada de Dios a vivir la santidad por un medio concreto, por una vocación concreta, cuando uno se da cuenta de que la búsqueda de la felicidad coincide con la llamada a la santidad, y que ambas dos se encuentran; es como cuando se da cuenta de que, pues en el cuento de La Cenicienta, de repente el zapato encuentra el pie con el que encajaba perfectamente: este es el pie de este zapato. Bueno, pues es que la búsqueda de la felicidad solamente se puede culminar en esa respuesta a la llamada a la santidad que Dios nos hace.

Tener esto claro es importantísimo, porque cuando uno sueña con una felicidad distinta y diferente a la de los caminos por los que Dios me llama a la santidad, vamos mal; porque, entonces, nunca se van a terminar de encontrar el zapato y el pie, porque no estamos buscando adecuadamente. La felicidad no consiste en el cumplimiento de mis sueños. La felicidad no consiste en que todas las cosas que yo he soñado se cumplan; es más, seríamos unos perfectos desgraciados si nuestros sueños se cumpliesen. Estoy convencido de ello. Esos sueños que nos hemos hecho: «a mí me gustaría, a alguien le gustaría...», seríamos unos perfectos desgraciados. Sin embargo, la felicidad consiste en descubrir que el escenario que Dios ha pensado para nosotros en esta vida es el lugar de mi entrega definitiva, y ese lugar en el que acontece la felicidad. Porque pasa una cosa: la felicidad no se puede perseguir nunca en esta vida como un fin. La felicidad no es un fin;

la felicidad es la consecuencia de haber entregado toda nuestra vida, alma, corazón y vida, de haberlo dado todo por un ideal que merezca la pena, que es el ideal de la santidad.

Bueno, es muy importante tener esto en cuenta, porque solo así se pueden disipar los miedos. Porque no hay cosa peor para discernir la voluntad de Dios que tener miedo a lo que te pida. Cuando uno tiene una oración delante del Señor, le dice: «Señor, yo quiero seguirte, quiero ser discípulo tuyo, pero, cuidado, no me pidas esto; cuidado, no me pidas lo otro. Me pongo nervioso ante la posibilidad de que Dios pudiese querer limitar cosas». Tal posicionamiento de partida tiene que ser purificado, porque si yo voy con miedos a lo que Dios pueda pedirme: «pídemelo lo que quieras, pero esto no», ¿así cómo saber si es su voluntad? Es decir, la única manera de poder discernir bien cuál es la voluntad de Dios es teniendo lo que San Ignacio de Loyola ..., - permitidme que invoque a San Ignacio de Loyola porque soy obispo de la Diócesis de San Sebastián, dentro de la cual está el Santuario de Loyola, donde nació San Ignacio de Loyola, es una de las grandes glorias de esta diócesis nuestra. San Ignacio de Loyola, ese gran santo fundador de la Compañía de Jesús, de los Jesuitas, que introdujo los ejercicios espirituales e introdujo el discernimiento espiritual como una clave -. Pues él dice que para poder discernir hace falta “santa indiferencia”. La palabra indiferencia generalmente la utilizamos en un sentido negativo, peyorativo, «el mayor mal es la indiferencia, la apatía». Bien, pero aquí San Ignacio de Loyola utiliza el término en un sentido positivo. Para poder buscar la voluntad de Dios tenemos que tener santa indiferencia, es decir, no estar inclinado en mi corazón, como punto de partida, a una cosa determinada. Porque, si uno tiene en su corazón un apego, si uno en su corazón tiene un proyecto personal al que no quiere renunciar, cuando se pone delante de Dios a decirle: «Señor, ¿qué quieres de mí?», vamos mal. Vamos mal porque entonces esa oración, «Señor, ¿qué quieres de mí?», tiene una letra pequeña: «Señor, ¿a que si estás de acuerdo conmigo en aquello que yo he pensado que es para mí?, ¿tú también estás de acuerdo conmigo?». Estamos fácilmente manipulando nuestra relación con Dios. Por eso, lo que dice San Ignacio de Loyola es: «*se requiere una santa indiferencia*», que tu corazón no esté inclinado a una cosa o a la otra, es decir: «*Señor, lo que Tú quieras*».

Y, para eso, es muy importante purificar los apegos de nuestro corazón. Uno puede tener apegos a sus sueños, sus cosas, y cuando hace oración, algo en lo que debe de ocuparse mucho, es decir: «*Señor, lo que Tú quieras, no lo que yo quiera. Yo qué sé lo que me conviene, si no tengo ni idea*». Ese refrán famoso que tengo entendido que se dice en México, no sé si también se utiliza en Colombia: «*Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes*». Se hizo muy famoso por una de las películas de Eduardo Verástegui, ese productor de cine mexicano. «*Si quieres hacerle reír a Dios, cuéntale tus planes*». Bueno, es decir: haber estado lleno de planes y de sueños. Es muy importante tener la santa indiferencia. Yo qué sé lo que me conviene, yo sólo sé que lo que Dios quiera para mí va a ser lo mejor. Yo sólo sé que Dios me quiere a mí más y mejor de lo que yo me quiero a mí mismo. A ver, esto que digo es importantísimo: “*yo sé que Dios me quiere a mí mucho más, infinitamente más e infinitamente mejor, no solo más sino mejor, que lo que yo me quiero a mí mismo*”. A veces nosotros nos queremos mal a nosotros mismos; no nos

queremos bien buscando el bien, pero nos hacemos daño a nosotros mismos; hacemos elecciones buscando un bien que son erróneas, que son equivocadas. Es obvio que no muchas veces nos queremos bien. Y no me refiero a veces al autodesprecio que tenemos, que también ocurre, sino que incluso buscando ciertos bienes, en realidad nos hacemos daño. Dios te quiere infinitamente más, infinitamente mejor de lo que tú te quieres a ti mismo, pues entonces confía en Él. Entonces, ¿cómo puedes ponerte delante de Él diciendo: «Señor, lo que Tú quieras, pero esto no». Si lo quiere Él para ti, va a ser infinitamente mejor.

Esta disposición es clave. Sin esta disposición no hay quien discierna la voluntad de Dios, o el discernimiento será una chapuza. Se sufrirá mucho, porque quien quiere lo que Dios quiera, pero no termino de soltar línea al apego de mi voluntad, lo cual no quiere decir, fijaros bien, al final la voluntad de Dios sea lo contrario a lo que mi gusto personal se inclina. No, es posible que la voluntad de Dios coincida con mi gusto personal, no coincida con mi gusto personal o sea ajena a mi gusto personal, pero no confundamos los gustos personales con la vocación de Dios. A veces, yo escuchaba en alguna entrevista a algún sacerdote: «¿Por qué ha sido sacerdote?». Pues existe el hecho de decir: «Bueno, es que yo elegí el sacerdocio como un camino de autorrealización». Y digo: «¡Ay, Dios mío! No me gusta nada ese término», como si el sacerdocio o la vida consagrada fuese una elección personal para la autorrealización.

También voy a decir una cosa: por ejemplo, imaginaros que alguien ha ido al seminario y que los superiores han visto que no, que su camino no es el seminario, y los superiores le han invitado a que abandone el seminario y tiene un gran disgusto, y entonces está intentando ver cómo puede buscar por otro lugar, otro sitio, otro seminario, porque no termina de aceptar lo que le han dicho. Vamos a ver, ¿eso no es un apego? También eso, ¿acaso no es también un apego? Al igual que es un apego el que uno no quiera seguir a Jesús cuando le llama a ser sacerdote, porque tiene un apego de otro tipo. Como el joven rico, que tenía un apego a los bienes materiales. También, cuando alguien le ha dicho que lo suyo no es el sacerdocio, porque, también, en el Evangelio hay casos. Recordareis algunos pasajes en el que, como aquel endemoniado que fue curado y quiso seguirle, el Señor le dijo: «No, tú vete a tu casa y allí alaba a Dios en medio de los tuyos». Cuando uno pretende, en mi proyecto de ser cura, y me han dicho en el seminario que no, y entonces yo sigo a lo mío, yo me encabezono, con perdón de la expresión, me encabezono en seguir este camino, aunque me hayan dicho lo contrario. A ver, no estás buscando la voluntad de Dios, estás siguiendo tus sueños, tus proyectos. En la espiritualidad es clave la confianza en la voluntad de Dios, la confianza en que nos va a ir mostrando su designio para cada uno de nosotros. Dios quiere nuestro bien; ahora tú estate atento a su voluntad, estate atento a ella y estate atento, obviamente, también de otras personas que pueden ir ayudando en ese discernimiento, porque en el fondo muchas veces los discernimientos no se ven, sino con el transcurso de un cierto tiempo. No son una foto fija, sino que necesitan una foto móvil; son más un vídeo que una foto, los discernimientos. Por eso la Iglesia pues tiene unos tiempos de discernimiento.

Yo recuerdo que en el seminario, como yo había tenido un tipo de llamada vocacional tan contundente, tan de San Pablo, me emocionaba ver a compañeros que habían ido al seminario, porque tenían una duda razonable de que Dios pudiese querer de ellos ser sacerdotes, y, entonces, ellos no querían quedarse con esa duda razonable, no querían dejar eso en el tintero, sino que dicen: «Yo vengo al seminario porque, aunque no tenga la certeza absoluta de que he sido llamado, tengo una cierta duda de que he podido ser llamado y quiero, en el transcurso de la vida del seminario, disipar esa duda». Y algunos de ellos disipaban la duda y veían mejor. Uno de ellos, en el mes de ejercicios espirituales —que actualmente es un abogado y, además, al que, también, yo muchas veces le pido servicios para la diócesis—, en el mes de ejercicios, siendo seminarista discernió que el Señor no le quería para el sacerdocio. Pero él fue al seminario porque tenía una duda razonable de que el Señor podía quererlo. Me parece que cuando alguien busca con tal limpieza, con tal generosidad, lo que Dios puede querer de él, me parece maravilloso. Eso es todo el discernimiento, en el fondo más que de foto fija, es un poco de vida, a ver cómo transcurren las cosas.

También hay que decir una cosa a la hora de discernir la vocación: sí, es verdad, que hay que ver ciertas cualidades, porque puede haber ciertos elementos: psicológicos, ... que puedan ser dirimientes, pero eso también hay que verlo, hay que verlo con confianza, pero hay que verlo con el tiempo, porque, también, es verdad, lo que ese crack decía, ese crack de San Agustín, del que suelo decir que es un auténtico crack en la vida de la Iglesia; hay una expresión de San Agustín que es tremenda: «*Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama*». Esto me parece importantísimo. Entonces, si es verdad, que para discernir las vocaciones hay que tener como elemento de discernimiento los dones, las capacidades de las personas, hay que tenerlo en cuenta, pero hay que tenerlo en cuenta sin olvidar esto último: *que Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama*. Luego las capacidades son un elemento a tener en cuenta para diseñar vocaciones, pero siempre desde la perspectiva de que Dios, cuando llama, desarrolla las capacidades. Esto es muy importante. Yo desde luego soy testigo de ello, soy testigo de cómo Dios te tira a la piscina y parece que no sabes nadar, parece que vas a tragar agua, que te vas a ahogar y, sin embargo, uno va chapoteando en el agua y Dios le adhiere el don de aprender a nadar. Cuando te ha llamado, Dios te va capacitando y te va capacitando, poco a poco, en ello. Me parece importantísimo.

Aquí en España hay un refrán, que no sé si ha llegado a Colombia, porque observo que el refranero es muy intercontinental y es muy interesante; hay un refrán en España que dice: «*Cuatro ojos ven más que dos*». ¿Y por qué se me ocurre ese refrán ahora? Bueno, pues porque creo que cuando uno tiene, bueno siempre, ¿verdad?, pero especialmente cuando uno tiene la duda de que pueda tener vocación, de que cabe la posibilidad de que Dios le esté pidiendo un seguimiento, creo que debe de inmediatamente buscar un acompañamiento espiritual. Tiene una perla preciosa que tiene que discernir, entonces tiene que ponerla a buen recaudo. Si nosotros nos encontrásemos con un millón de euros, ¿qué haríamos? Lo llevaríamos a un buen banco; nadie dejaría un millón de euros debajo del colchón de su cama. En la hipótesis de discernir una vocación no hay que llevarla en

solitario, hay que dejarse acompañar, hay que dejar que otros le ayuden en ese discernimiento. Por otra parte, el acompañamiento espiritual, la dirección espiritual, es importantísima y es uno de los motivos por los que hay tanta necesidad de pastores: «Señor, danos pastores conformes a tu corazón para que puedan acompañar, para que puedan pastorear, para que den luz en los discernimientos». Luz en los discernimientos para entender qué es lo que Dios puede querer de nosotros.

Yo creo que este es un tema clave: dejarse acompañar, dejarse acompañar y tener muy claro una cosa. Tener muy claro, —y ahora me estoy dirigiendo a todos los que estáis escuchando esta intervención—, si el Señor quisiese de vosotros una vocación de especial consagración, no dudéis que Él os hará inmensamente felices. Que nadie dude de esto. Si el Señor pone en ti sus ojos, serás inmensamente feliz ante su llamada, te lo pedirá todo, supondrá desnudarte plenamente de ti, pero verdaderamente ese grado de identificación con Jesucristo, ese vivir la vida cristiana tan cerca de su corazón sacerdotal o de su corazón redentor, será una joya. Yo siempre he puesto el siguiente ejemplo, y voy a concluir con esto, para explicar lo que es la vocación a la vida consagrada: supongamos una gran central nuclear. Una central nuclear es un complejo impresionante, en el que todas las personas colaboran; en ese proyecto colaboran todos los que están allí. Están los guardias de seguridad, que tienen que poner un perímetro de seguridad; están los electricistas, los de mantenimiento, los fontaneros, los contables, los directivos, el director, habrá un director que está en una oficina, el director de la central nuclear. Habrá muchísimos, muchísimos tipos de trabajo, pero habrá algunos que no estén en los cargos de dirección, que no estén ni en la seguridad ni ..., algunos habrá, serán los pocos, que estarán trabajando en el núcleo. ¿Dónde está el núcleo? El núcleo de la central nuclear. Y serán esos los que entren a ese lugar, especialmente delicado, donde existe una radiación grande. Algunos, dentro de la central nuclear, serán los que tengan que estar allí trabajando cerca del núcleo. Y creo que esos son los que tienen la vocación consagrada, a la vida consagrada, porque participan de esa intimidad del Señor, de decir: *«Señor, tus sufrimientos son los míos. Tu deseo de redimir al mundo, lo has querido compartir conmigo en ese corazón»*. De una manera indivisa, porque esto es lo propio; lo más específico de la vocación en la vida consagrada: es el corazón indiviso, el corazón solo de Jesucristo. Porque claro, para todos los cristianos su corazón es de Dios, obviamente, pero es verdad que, en la vida consagrada, el corazón es de Dios de una manera indivisa y directa, sin mediación alguna. Por ejemplo, pues cuando una chica le dice a su novio: «¿Me quieres?». Le pregunta si le quiere, y el novio le dice: «Bueno, sí, pero yo también quiero a mi madre, también quiero a mis amigos, y también...». Ella alegará: «Ya lo sé, que también quieres a tus amigos, pero hay algo de tu corazón que solamente se lo puede dar a una persona». Hay algo en el corazón que es lo indiviso de tu corazón: tú se lo entregas a esa chica o a otra. Porque claro que tú puedes amar a muchas personas, pues tu corazón es capaz de amar a muchas personas, pero hay una parte de nuestro corazón que es indivisa, que solamente se puede amar a una directamente.

Entonces eso, lo indiviso del corazón, esto es lo que la vocación consagrada del Señor te dice: ¿estás dispuesto a entregarme el corazón de una manera indivisa?, ¿a tener un

desposorio, en el fondo un desposorio con Cristo, con Cristo con su Iglesia? ¿Estás dispuesto a esta entrega esponsal con Jesucristo, directa? Tú has escuchado esa llamada del Señor con ese grado de intimidad. Creo que esto es lo más específico, lo más exclusivo de quienes están en ese lugar central de esa central nuclear a la que yo me refería.

Bueno, esto creo que es lo más específico. Dejo aquí esta reflexión. Quizás tengo que pedir disculpas si me he alargado demasiado, y yo estoy atento si queréis hacer algún tipo de pregunta o hay alguna sugerencia, estoy a vuestra disposición.

Monseñor, muchas gracias. No hay palabras para agradecerle este espacio que nos ha brindado, en el que nos ha iluminado tanto el caminar. Le ofrecemos lo mejor que tenemos: nuestra oración sincera por la santidad de su vida y por el éxito de su ministerio.

Queremos hacerle dos cuestionamientos para que nos ayude a tantos jóvenes que en este momento están siguiendo esta transmisión. Quiero contarle que hay muchos seminaristas y hay varias diócesis unidas siguiendo la transmisión, aquí en Colombia. Por eso quisiera hacerle esta pregunta: ¿cómo ayudarles a los jóvenes de hoy a entender que no son creadores, sino descubridores, en un mundo que cada vez exalta más el individualismo y que no deja espacio para contar con los demás en los proyectos de vida? Una mentalidad donde la voluntad de Dios ha sido reemplazada por la autorrealización sin contar con Él. ¿Qué nos podría decir?

Bueno, a ver. Pues yo creo que para poder educar en ese sentido es muy importante tener una relación con el Señor en la que a Él se le dé la iniciativa, y tener mucho cuidado de crearnos un Dios a nuestra imagen y semejanza. Tener cuidado que nosotros seamos a su imagen y semejanza. Tener mucho cuidado de tener una relación con Dios manipuladora, en la que traemos siempre a Dios a lo que yo pienso, a lo que yo quiero, a mi forma de ver las cosas, no. Partir de un supuesto, de un supuesto, que creo que es muy probable, que yo tengo que purificar mi forma de ver las cosas, que yo las cosas las veo no como Jesucristo las ve. Acordaros de ese pasaje en que Jesús le dice a Pedro: *«Tú piensas como los hombres, no piensas como Dios»*. Es una reprensión, es un tirón de orejas, un tirón de orejas que el Señor le hace a Pedro, al primero de los Papas, ni más ni menos. Esa reprensión: *«Tú piensas como los hombres, no piensas como Dios»*. Es que es obvio, si se lo dijo a Pedro, me lo tendrá que decir a mí. Es obvio que me lo tiene que decir a mí muchas veces. Tenemos que partir a ser educados en la purificación de mi forma de ver las cosas. Que no, que no sea mi ego, mi visión personal la que esté en el centro, sino que yo vaya purificando mi forma de ver con criterios evangélicos.

El Evangelio es una manera de ver la vida, son, si me permitís, unas gafas, unas gafas con las que uno ve el mundo de una manera diferente, según ese estilo de las bienaventuranzas. Bueno, eso supone que en la vida espiritual uno esté siempre purificándose. En mi relación con el dinero, tengo que purificarme de esto y esto; en mis relaciones con los demás y mis amistades, soy demasiado posesivo, soy tal, soy lo cual; en mi relación con la pureza, me pasa esto. Siempre tenemos que estar en clave de

purificación para que, en el fondo, no seamos nosotros los que nos conformemos a Jesucristo, al Evangelio; no pretendamos traer a Dios a nosotros, a mi criterio, a que de alguna manera me dé la razón. Es horroroso, horroroso utilizar nuestra relación con Dios para confirmarnos en nuestra voluntad. O sea, creo que tiene que haber una probabilidad de continua purificación para que eso sea así, para que yo no sea un inventor, sino sea un descubridor, etcétera, tal y como preguntabas, y sí, creo que ese es mi consejo principal.

Muchas gracias, monseñor. La siguiente pregunta que nos hacen es: ¿cómo encontrar sentido a expresiones como entrega, ideal de santidad, voluntad de Dios y santa indiferencia en una sociedad dominada por el pensamiento único, donde los sinónimos de realización personal y de felicidad distan tanto de estos criterios?

Bueno, en la sociedad en la que vivimos hay muchas contradicciones, porque se habla mucho de autorrealización, etcétera. Por cierto, uno va a las librerías, hoy en día, y descubre las estanterías llenas de libros de autoayuda, o sea, existe toda una literatura en ese sentido de la autorrealización del hombre. Y, sin embargo, también es cierto que, en nuestra cultura, es un hecho el que estamos llenos de heridas, que manifiestan la incapacidad del hombre de autorrealizarse. Entonces, es curioso esto. Es un poco, como ese mito de Penélope, que durante el día tejía y durante la noche destejía. El hombre quiere construir su autorrealización, pero luego, de repente, al mismo tiempo que está intentando construirla, se está hiriendo a sí mismo e hiriendo a los demás. Entonces no termina, no termina nunca, ¿no? Es el mito de Sísifo, intentando buscar elevar una piedra hasta la cima de la montaña y una piedra que cae ladera abajo, y es imposible.

A ver, la autorrealización del hombre es un mito falso. Tenemos que caer en cuenta de que el hombre necesita ser redimido, redimido de sus profundas heridas, y el redentor es Jesucristo. Y sin Jesucristo no existe realización del hombre. Toda esa literatura tan abundante, no sé si en Colombia, pero aquí uno va por las librerías de los aeropuertos y esos son los libros más numerosos, algunos con grandes tiradas, pero ahí falta Jesucristo, y sin Jesucristo la autorrealización es una quimera. Sin redentor no hay hombre, no hay hombre. Pues yo creo que la respuesta a esa pregunta es: Jesucristo, Jesucristo, y Jesucristo, esa es la respuesta: es el redentor del hombre.

Yo en alguna ocasión dije, en un congreso de pastoral juvenil que hubo aquí en España, en el que desarrollé una ponencia sobre las heridas, las heridas afectivas que están en el corazón del hombre, las heridas que yo creo que principalmente son las heridas del narcisismo, las heridas del pansexualismo y la herida también de la desconfianza. Esas tres heridas —la del narcisismo, la de la hipersexualización y la de un corazón que desconfía— son tres heridas que caracterizan a nuestra cultura. Yo, en esa conferencia, lo que yo venía a decir es: *“el corazón no es de quien lo rompe, el corazón es de quien lo repara”*. Por eso, el corazón del hombre es de Jesucristo, nuestro corazón es del Corazón de Jesús. ¿Alguien te ha roto el corazón? No, el corazón no es de quien te lo ha roto, el corazón es de quien te lo ha reparado, ese es Jesucristo. Nuestro corazón es del

Corazón de Jesús. Esta creo que es la respuesta, y la respuesta de que el hombre no se autorredime, no se autorrealiza, sino que tiene en Jesucristo a su redentor.

Última pregunta de Fernando Santiago: ¿puede un adulto ser llamado a la vida consagrada, dejar familia y apegos e ir al monasterio a servir a Dios, o debe terminar su vida como laico servidor?

A ver, obviamente uno tiene, por ejemplo, un compromiso, un camino de vida ya elegido. Imagínate, por ejemplo, en el matrimonio: uno tiene un compromiso seguido en el matrimonio y de repente comienza a tener dudas: «igual es que debería, yo tenía vocación sacerdotal, ...». A ver: duda a destiempo, tentación encubierta. Esto creo que es un principio básico. Duda a destiempo, tentación encubierta. Cuando uno tiene ya una vocación, es como si yo ahora comenzase a plantearme la duda. Yo recuerdo, que la víspera de mi ordenación, haberle dicho al Señor: «Yo mañana recibo la ordenación de la Iglesia, a partir de ese momento yo no tengo derecho a empezar a decir: ¿tendré vocación?, ¿igual me equivoqué?, ¿no me equivoqué?». No, en ese momento el tiempo de discernimiento ha terminado y es el tiempo de la entrega.

Por eso hay que distinguir muy mucho cuando los discernimientos se hacen desde vocaciones ya comprometidas. Si yo estoy comprometido en un grado de vocación, pues obviamente no me planteo un discernimiento que sea en contra de esta vocación. Ahora, sin embargo, si yo soy, por ejemplo, un catequista y estoy en una parroquia sirviendo como catequista, ¿es posible que el Señor me llame a una vocación sacerdotal? Pues claro que es posible, porque no existe digamos contradicción entre ambos caminos. Esto es importante, y es importante porque disipa no pocas dudas sobre la vocación. Es frecuente encontrarse con personas que una vez que han tomado un camino empiezan a dudar de si el camino que tomaron, es el que debieran haber tomado. Pero esto es importante: duda a destiempo, tentación encubierta. Creo que hay que partir de abrazar la vocación que en este momento tenemos y, dentro de este camino, seguir pidiendo luz para avanzar dentro de ese camino.

Muchas gracias, monseñor, Dios le bendiga siempre y ojalá podamos tenerlo muy pronto de nuevo con nosotros.